

De Mussy, Luis G. (Editor)

## *Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*

Santiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2007, 214 pp.

---

Con esta edición a cargo de Luis de Mussy se inicia la Colección Re-visiones de la editorial de la Universidad Finis Terrae. En efecto, en el presente volumen se dan cita cuatro historiadores chilenos para exponer sus lecturas sobre el desarrollo de la historiografía en Chile: Alfredo Jocelyn-Holt, Cristián Gazmuri, Gabriel Salazar y Miguel Valderrama, a los que habría que sumar al mismo de Mussy, quien incluye un texto con el que se abre este libro.

Los textos incluidos corresponden a las conferencias dictadas dentro del seminario de nombre homónimo a este libro, convocado por el Centro de Investigación y Documentación en Historia de Chile Contemporáneo de la Escuela de Historia de la Universidad ya señalada. De hecho, algunos de los textos no han perdido las huellas de la exposición oral. Pero antes de entrar en estos, valgan algunas observaciones acerca del trabajo que implica escribir algo sobre este libro.

Resulta difícil comentar una compilación de textos sin caer en la tentación de tratar cada texto como un libro aparte o no repetir lo que –mejor– ha podido hacer el propio compilador en el texto que inicia el libro. Con esto quiero señalar la necesidad de considerar el libro unitariamente, como también de tomar al editor como autor de “todo” el libro. Operación que podrá aceptárseme como verosímil concediendo al menos que el editor ha hecho, en un plano distinto, lo que el resto de los historiadores aquí incluidos: seleccionar y pensar otros textos, otros autores. Si supongo bien, ha sido el propio de Mussy el que ha citado a estos historiadores (y no otros), lo que equivale, a fin de cuentas, a asumir que son estos los más autorizados –por trayectoria, originalidad o afinidad con la teoría historiográfica– para decir algo sobre el desarrollo de la historiografía chilena. Sobre este punto el editor advierte que el objeto de tal reunión ha sido “el establecer un diálogo que haga visible algunas *prácticas* historiográficas del Chile actual”, entendiéndolo por *prácticas historiográficas* no la misma producción historiográfica, sino las propuestas teóricas que subyacen a ellas, según su propia clasificación: la historia “político cultural” (Jocelyn-Holt), la “reconstructivista” (Gazmuri), la “historia social, teórica y popular” (Salazar) y la “posmoderna y deconstructiva” (Valderrama). Podría uno tomar distancia de dos cuestiones: primero, de si podemos tener un objeto “práctica historiográfica” a partir de lo que los historiadores dicen que hacen (en historiografía estamos acostumbrados a ver como tras las introducciones teóricas más sofisticadas se da pie a unas prácticas nada novedosas o, más bien, viciosas). Y, en segundo lugar, acerca de si es posible dar cuenta de la historiografía chilena a partir de estas cuatro matrices, si el panorama no es un poco más complejo y variado. Pienso, por ejemplo, en el desprendimiento que la historiografía de Sergio Grez significa respecto de la de Salazar, sobre todo cuando ha habido un notable esfuerzo teórico por parte del primero para ello. O en ese vasto campo que es la etnohistoria, que desde un comienzo se exigió un trabajo teórico, por ejemplo en la labor de Jorge Hidalgo (historiadores que no cumplen con haber efectuado un despliegue editorial tan espectacular como los considerados en este libro).

Independiente de estos reparos, el libro de de Mussy es el primero en nuestro medio –hasta donde estoy enterado– en asumir conscientemente, y de manera problemática, el rasgo que posee nuestra historiografía contemporánea, a saber, el que “hoy en día resulte casi imposible pensar un historiador, al menos en Chile, que no incorpore

una fuerte carga de reflexión sobre la naturaleza de su oficio y de las particulares condiciones que enmarcan el precipicio desde donde se sujeta el pensamiento que permite cualquier escritura –operación– historiográfica” (p. 14). A este respecto el editor parece compartir la explicación dada por Valderrama, al final del libro, acerca de que el actual giro crítico sería la expresión de la necesidad de dar cuenta de las relaciones entre texto y contexto, que es una manera, a su vez, de pensar la relación entre crítica e historia como trabajo de elaboración postraumática (el golpe como catástrofe) (pp. 171 y 199).

Pero es fácil verificar que este giro crítico excede los alcances de nuestro trauma nacional. Hay todo un campo de historiografía crítica que se inicia desde fines de los sesenta, en Norteamérica y Europa, en los términos que aquí se plantean (texto y contexto, *marco*). Las revisiones de la disciplina “a lo Hempel” son desplazadas por un enfoque narrativo o “textual” a partir de los trabajos de Paul Veyne (1971) y Hayden White (1973). ¿Debemos entender que están elaborando el trauma en la historiografía después de Auschwitz?

Cabría al menos un matiz si la respuesta fuese afirmativa. En el trabajo mantenido en el seno del Centro de Estudios Humanísticos Integrados, ha surgido la propuesta de entender este giro crítico como la consumación de la autoreflexividad propia de la subjetividad moderna. La pregunta por la escritura y por las condiciones de representación de la historia no sería otra cosa que la manifestación de esta tendencia general de la cultura contemporánea de llevar a un plano (incómodamente) conciente los recursos de que se han valido hasta aquí los saberes. Los artefactos que hasta ahora habían sido eficientes y transparentes en su obrar, no sólo emergen, sino que se constituyen en el “objeto” del mismo saber (posiblemente advirtiendo su imposibilidad). En la larga duración, esta emergencia de los recursos no se nos revela como mero efecto de una catástrofe, sino como un desarrollo (aunque no necesario) de la subjetividad moderna, en el que la catástrofe podría ser entendida como interrupción, pero a la vez como factor de aceleración. La otra posibilidad: la catástrofe como efecto del despliegue de la subjetividad moderna, tan propia de los posmodernismos, se nos hace inaceptable históricamente, en el sentido de que está lejos de ser aplicable universalmente a toda catástrofe. El golpe de estado de 1973 no es otro “pequeño” Auschwitz. Más bien, como ha advertido Hyussen, esto sólo se podría derivar del hecho que Auschwitz ha sido instalado como “tropos universal” de la memoria por efecto de los medios y los discursos políticos “progresistas”.

En todo caso este giro, marcado por la conversión de los recursos en objeto, es una cuestión que este libro instala –para efectos de la historiografía– de una manera inédita en Chile. Desde luego la primera pregunta sería ¿qué hay en lugar de aquellos recursos si han pasado a ser el objeto? Pues “Metahistoria”, como deconstrucción, como política-cultura o teoría de los movimientos sociales. Cuatro historiadores, pero tres enfoques metahistóricos son los incluidos, a fin de cuentas, en este libro. No le es posible al autor de estas líneas descubrir algún enfoque “meta” en el planteamiento de Cristián Gazmuri. Tal como se deja ver a través de la permanente ironía del discurso de Jocelyn-Holt, en la lectura que hace Gazmuri no hay otra cosa que la reducción de la historiografía nacional a las grandes tendencias de la historiografía europea, en un modo de exposición tradicional.

*Pablo Aravena Núñez*  
CEHI, Universidad de Viña del Mar

